

II

Los bosques de Auberive — según expresión de la Administradora de Correos, que se preciaba de hablar pulidamente — se habían engalanado con su ropaje primaveral. La comarca, tan triste en Febrero, se hallaba desconocida. Un soplo fecundante acarició el valle del Aube, rozando los vallados de los linderos, subiendo á la cumbres empenachadas de los árboles, descendiendo á las honduras dormidas bajo el cendal de la nieve. Al sentir aquel aliento acariciador, los prados se reverdecieron y las yemas brotaron; hasta el límite del

horizonte visible, distinguíanse por todas partes frondas nuevas semejantes á verdes espirales de humo. Los taludes se cubrían de pervincas ; en el fondo de las vertientes, regadas por el riachuelo desbordante, descollaban exuberantes macizos de plantas floridas : escilas azules, narcisos amarillos y tusílagos con campánulas brillantes como áureas monedas. Todo cantaba : ruiseñores en los jardines, tordos en los espinos, mirlos en los cerezos ; á través del follaje de la selva, las dos notas misteriosas del cuclillo se destacaban sonoras entre la sinfonía universal de los pájaros constructores de nidos.

Goce indefinible parecía palpitar en el ancho seno de la tierra, saliendo al exterior por los infinitos cálices alabastrinos de los lirios del valle, y por las pequeñas fragantes corolas de las violetas que festonaban los prados. Era una alegría comunicativa. Estallaba en francas carcajadas al subir á los labios de las muchachuelas que, al pie de los setos, recolectaban bayas encendidas de los fresales silvestres ; espledí en las caras mofletudas de los pastorcillos que cortaban, con sus navajas, ramas de sauce para arrancarles la jugosa corteza y fabricar silbatos ; rasgaba el aire en las coplas entonadas por el carretero que subía la pendiente delante de

sus caballos adornados con collarones de repique-teantes cascabeles, y, arriba, en la cumbre, rejuvenecía al leñador que hundía el hacha en el corazón de las encinas señaladas para la corta ; y subía, subía, y llegaba hasta las campanas de la iglesia, que parecían suavizar lo agudo de sus vibraciones desgranando sonoridades llenas de no acostumbrado júbilo.

Hasta en la casuca de Trinquesse situada en la parte baja de la montaña, junto á una orilla del Aube, había buen humor y risas infantiles. Y, sin embargo, ni la casuca era riente ni en ella se celebraban fiestas á diario. Construída con tierra y tejada de chamizo tenía más de madriguera que de casa. Constaba de una sola habitación en la que dormían amontonados el abuelo Trinquesse, su hija Ramona y dos chiquitines de cinco á ocho años. Un huertecillo, más lleno de pedruscos que de legumbres, y un cobertizo para la vaca, constituían el resto del dominio, El abuelo Trinquesse, enjuto sexagenario con hocico de garduña, ejercía tres ó cuatro oficios, de los cuales el mas honrado era el de decidor de la buena ventura y *Curandero* ; su hija Ramona, que frisaba en los treinta años, iba á hacer la lejía á las casas, recogía fresas en verano, iba á las vendimias en Octubre, se

aplicaba á la busca de ramaje seco en invierno, y, con todas estas industrias, apenas si reunía lo bastante para dar de comer á los dos *pitosos*, que tuvo, no se sabe dónde, de padres desconocidos. Los chicuelos se criaban fuertes y robustos, á pesar de andar siempre enseñando la carnes y de recibir más pescozadas y punteras que bocados de pan. Ahora se hallaban muy atareados encendiendo una fogata en mitad del camino que pasaba por delante de la casuca, y fijaban los ojos, muy abiertos, ya en la lumbre crepitante, ya en las huedudas manos del abuelo Trinquesse, ocupadísimo en el desplume de dos arrendajos que había cazado con liga. Estos pájaros, aderezados con puerros, coles y patatas, formarían una *olla* de la cual, el veterano cazador furtivo, prometía maravillas. La vista de la cacerola negra, en la que flotaban ya las legumbres, era suficiente, por de pronto, para que se relamiesen de gusto los glotones muchachos. Aguardando la comida, se entretenían disputándose las azulinegras plumas de los pajarraeos, y se las colocaban á guisa de penacho triunfal entre los enmarañados cabellos, y lanzaban gritos de júbilo, tan agudos que llegaban hasta la Mancienne, cuyo murado parque se hallaba cercano.

También en la hermosa hacienda se notaba el influjo primaveral. El castillo había despertado del largo sueño del invierno; ante la fachada, cubierta por trepadores citisos y por rosales en espaldera, el ir y venir de los criados indicaba que la Mancienne volvía á estar habitada. Por las abiertas ventanas del entresuelo, veíanse los pesados cortinones de terciopelo, los jarrones rebosantes de tulipanes y el damasco rojo de la sillería, ya despojada de fundas. La señora de Lebreton había, efectivamente, regresado el segundo día de Pascua de Resurrección, y, en este momento, concluía de vestirse, salía de sus habitaciones y se mostraba á plena luz en la escalinata del jardín. Recogiéndose con una mano los pliegues de la falda negra, y, amparándose con la sombrilla, que acababa de abrir, abandonó la marquesina y dió lentamente la vuelta á la glorieta esmaltada de cárdenos lirios.

Adriana Lebreton seguramente tenía bien cumplidos treinta años; los que le suponían treinta y cuatro, no debían estar muy lejos de lo cierto. Le faltaba frescura al cutis, mate y algo aceitunado; profundas y oscuras ojeras le hacían resaltar las pupilas; dos ó tres arrugas, levisimas, le surcaban la frente de sien á sien. Con todo, á pesar de los primeros indicios de madurez, había

conservado una especie de juventud latente. Alta, esbelta, fina de talle, ancha de espalda y delicadamente formada, poseía viveza juvenil. La cabellera negra, abundante, peinada en bandós y medio envuelta en un velo de encaje negro, armonizaba con el tono dorado del cutis, con el brillo de los ojos franjeados por largas pestañas, y con el rojo encendido de la boca bastante grande y de carnosos labios. Un mechón completamente gris, destacando sobre la intensa negrura del cabello, daba carácter algo extraño á la fisonomía. La nariz larga y recta, y las cejas negras, muy acentuadas, daban al rostro severidad, atenuada por la expresion benévola de la boca y por la dulzura de la mirada. El cuerpo, un tanto enjuto, de la viuda, encerraba un nó sé qué concentrado y ardoroso. Oriunda de las montañas langresinas, tenía el carácter distintivo de los habitantes de aquellas mesetas ásperas y calcinadas: temperamento de piedra y de fuego, pasión y sensibilidad grandes bajo frialdad y dureza aparentes.

En estas horas primaverales, parecía que la señora de Lebretón experimentaba la influencia del medio ambiente que la envolvía. El beso dulcísimo del aire, enervaba las fibras de su enérgica naturaleza. El susurro de los límpidos arroyuelos,

el aroma de los frutales en flor, el trino musical de las currucas, le causaban embriaguez de tierna vaguedad. Caminaba con paso rápido, inclinada la cabeza, entornados los párpados, contraída la boca; llegó á un extremo del parque, empujó una puertecilla que conducía á la pradera, y se halló en una senda umbrosa ribereña del Aubette; avanzó sin vacilaciones, satisfecha de andar á la aventura, de mezclarse á la alegría que reinaba por doquier y de perderse entre las verdeantes enramadas que se estremecían al soplo de las auras.

Siguiendo aquel sendero familiar — entre troncos de nogales y de cerezos silvestres, antiguos conocidos á los cuales había visto crecer desde el día en que entró en la Mancienne vistiendo traje de desposada — remontaba meditabunda la corriente del tiempo pasado; y los linderos del bosque, que tantas veces contempló, y el canturreo, mil veces oído, del riachuelo, y las flores siempre iguales abriendo cada primavera siempre en el mismo sitio, le repetían la historia monótona y medianamente distraída de sus quince años de matrimonio.

Seguramente el difunto había sido un hombre honrado, pero, también, era preciso convenir en

que á menudo, fué un marido muy desagradable. Ante todo existió gran diferencia de edad entre los cónyuges: el señor Lebretón frisaba en los cuarenta y cinco años, y Adriana sólo tenía diez y nueve cuando la sacaron del convento para casarla. La unión no resultó fecunda. El constructor y fabricante de ferretería, á fuer de buen borgoñés, se conservaba fuerte y robusto, pero era algo salvaje y tal vez áspero en demasía. La caza y los negocios lo ocupaban casi por completo. Violento, enérgico, amigo del bullicio, no comprendía el carácter concentrado, tímido y exaltado de su mujer. Educada con criterio severísimo, pero sintiendo vehemente necesidad de dar expansión á su ternura, la señora de Lebretón buscó consuelo en las prácticas religiosas y en la adopción de una huérfana á la cual consagró cariño apasionado. Según decían en la Mancienne, la niña era hija de un guarda-almacén, que falleció sirviendo á la familia Lebretón; pero las malas lenguas afirmaban que la chicuela estaba unida por lazos de parentesco muy inmediato con el forjador, y que el « indecente » borgoñés había tenido la habilidad de introducir en su casa á una hija natural, aprovechándose de los impulsos afectivos y de los instintos maternales de su

esposa. Lo cierto es, que contra su costumbre, no se opuso al deseo de Adriana, cuando se trató de la adopción. La huérfana, que se llamaba Dionisia, halló en la casa todas las consideraciones de una hija; pero desde el primer instante dió muestras de un carácter tan violento y se mostró tan rebelde á toda disciplina, que, cuando cumplió doce años, hubo necesidad de llevarla, como alumna interna, al Colegio del Sagrado Corazón, en Dijón. La señora de Lebretón se encontró sola con su señor y dueño, que intervenía en todo y ejercía sobre todo su dominación despótica. A la sombra opresora de aquel roble copudo y rugoso, la juventud de Adriana vegetó sin florecer. Sintiendo el yugo abrumador de aquel tirano doméstico, concluyó por no atreverse á decir lo que pensaba. Si semejante vida llega á prolongarse algunos años más, la esposa hubiera llegado á ser tan idiota y tan rutinaria como las burguesas de Auberive, condenadas desde de la infancia á desempeñar un papel pasivo é insignificante.

Dios — que hace bien todo lo que hace — llamó, al fin, á su seno al señor Lebretón. Indudablemente la viuda lloró con sinceridad; no se vé morir al hombre con el cual se ha vivido durante

quince años, sin experimentar penosa sensación ; no se quedá sola tranquilamente una mujer en medio de una balumba de negocios industriales, sin experimentar desfallecimiento y angustia. Pero, á decir verdad, el dolor fué moderado, y, al presente, la pesadumbre se había completamente desvanecido ante el soplo perfumado y tibio de la primavera.

Se vendió la fábrica y se liquidaron los negocios ; Adriana, se encontró libre... ¡ libre para ir y venir y vivir á su gusto ! Es cierto que en modo alguno tuvo intención de abusar de la libertad ; pero se juzgaba muy dichosa sin el yugo opresor y se sentía rejuvenecida. Con el pingüe caudal que heredó íntegramente, podría crearse el género de vida que más le agradara. Pensaba, en plazo breve, traer, á la Mancienne, á Dionisia, — cuyo carácter se había suavizado con cuatro años de estancia en el convento — y encargarse personalmente de completar la educación de su hija adoptiva ; viajarían juntas y sería delicioso visitar en compañía tantos hermosos países que eran tan desconocidos de una como de otra. La vida principiaría al mismo tiempo para las dos ; experimentarían idénticas admiraciones, idénticas emociones é idénticos goces...

— ¡ Dios guarde á usted, señora de Lebretón !
— gritó, de repente, una voz ronca y plañidera que la sobresaltó, — ¡ En bonita ocasión viene por nuestra casa !

Adriana levantó la cabeza y vió á Ramona Trinquesse acurrucada en la puerta de su casuca.

El aspecto de la vivienda, tan alegre pocas horas antes, era, en aquel momento, desolado. La lumbre se había extinguido ; la cacerola yacía volcada entre las cenizas ; en el interior del tugurio sonaban gritos y lloriqueos de los rapazuelos, alternando con juramentos del abuelo Trinquesse. Ramona, sentada en el suelo, con las manos hundidas entre las rubias greñas, mostraba el semblante pálido y descompuesto, y los ojos enrojecidos.

La señora de Lebretón frunció el ceño ; alguna vez que otra daba trabajo á Ramona y, con mucha frecuencia, la socorría, pero no le era simpática. Aquella mujer, tan abandonada en sus costumbres como en su traje, le inspiraba la repugnancia que la vagabundez y el desorden inspiran á las personas educadas en los hábitos regulares y correctos de la vida burguesa.

— Buenos días, Ramona — le contestó lacónicamente. — ¿ Cómo va por acá ?